

# La comunicación inclusiva como estrategia de conservación

**Víctor Fratto**

Subsecretario de Conservación y Áreas Protegidas

Secretaría de Turismo y Áreas Protegidas

Gobierno del Chubut - República Argentina

[victorfratto@gmail.com](mailto:victorfratto@gmail.com)

Sabido es el riesgo permanente bajo el que se encuentra el patrimonio al aire libre, descubierto o por descubrir, el que es sometido a actividades de uso público o aquel de acceso restringido. Visto de este modo, el papel que cumple una comunicación efectiva de dicho patrimonio trasciende las puertas del museo y las fronteras de un sitio protegido. Pero no siempre la posibilidad de entender el patrimonio está al alcance de todos, y es en ese punto donde se pierden oportunidades en las que la comunicación pueda convertirse en una pieza clave de la gestión y conservación.

Una gran parte de nuestro patrimonio aún se encuentra fuera del resguardo que puedan darle instituciones como un museo o un área protegida, e incluso así no podemos garantizar absolutamente que un elemento de valor patrimonial no vaya a sufrir ningún impacto estando bajo la tutela de una institución. Más aún cuando se trata de superficies extensas como las áreas protegidas, entendiendo a estas no solo como parques naturales, sino como aquellos lugares al aire libre que posean un cierto grado de valor patrimonial.

Ahora focalicemos nuestra atención sobre aquellos objetos patrimoniales que se encuentran fuera de una institución, hayan sido descubiertos o aún no. Revisemos la historia de los hallazgos conocidos y respondámonos esta pregunta: ¿Quién tiene mayores probabilidades de encontrar o entrar en contacto con estos elementos, un profesional idóneo o un habitante común? Entendiendo como “habitante común” a aquel que no se dedica particularmente a disciplinas relacionadas con el estudio, preservación y puesta en valor del patrimonio.

Evidentemente, el habitante común ha sido, mayormente, el primero que ha tenido y tiene posibilidades de contacto con aquello que los técnicos y profesionales pretendemos conservar. Son entonces estas personas a quienes deberíamos intentar llegar de manera efectiva con los mensajes apropiados para que sean nuestros aliados en la conservación.

Un buen ejemplo de esto es la forma en que habitualmente se comunica la ciencia.

## Sobre cómo comunicamos la ciencia o “la importancia del período Pérmico en la vida de una persona de hoy”

Uno de los grandes desafíos de los comunicadores del patrimonio es explicarle a una persona que no estudió geología o quizás ni siquiera ha tenido la oportunidad de completar los estudios básicos, que “el Pérmico es el último periodo de la era Paleozoica y abarca desde el final del Carbonífero (hace  $299,0 \pm 0,8$  millones de años) hasta el principio del Triásico (hace  $251,0 \pm 0,4$  millones de años)”. Claro está, que luego, cuando un grupo de amigos sale a caminar por los alrededores de su pueblo y encuentran una pieza fósil o arqueológica, la retiran del lugar y la colocan en sus casas sobre una repisa, nos rasgamos las vestiduras acompañando este acto de indignación con la expresión “¡Qué barbaridad!”. Y en realidad, la barbaridad es explicar la ciencia como lo hacemos.

El primer error que solemos cometer es pretender explicar la ciencia sin que piensen que no sabemos nada del tema en cuestión. Entonces, comunicamos que “en los pigmentos se detectó una sustancia hemática” en vez de decir que “la pintura la hicieron con sangre”, perdiendo la oportunidad de utilizar un término conocido por todos como “pintura” y otro, tan fuerte y relevante como “sangre”.

Y el error es transmitir solo información y no buscar conexiones: lazos afectivos entre los significados del patrimonio y la personalidad de los sujetos que entran en contacto con él.

Para los intérpretes del patrimonio el significado de un elemento es justamente aquello que nos estimula a pensar o sentir independientemente de las características propias del elemento. Por ejemplo, frente a una punta de lanza tallada en piedra podríamos decir que: *es de obsidiana negra, roca vítrea, extrusiva, ígnea, de bordes filosos, fracturas concoidales, base ancha y de 700 años de antigüedad.*

Información correcta que podrá o no procesarse y almacenarse en el cerebro de una persona. Probablemente, si no es el único elemento que se presente en una misma oportunidad (la vista a un museo por ejemplo), gran parte de la información no la recordará pasado un corto período de tiempo. Sin embargo, si apelamos a los conceptos que puede evocar una “punta de lanza”, podemos utilizar algunos como: habilidad, hambre, cacería, riesgo, destreza, enseñanza, familia y otros más, que posiblemente despertarán sentimientos en la gente y que por lo tanto los vincularán emocionalmente con el objeto. Estos conceptos seguramente perdurarán mucho más en nuestro interior, pero además hacen que el elemento que tenemos en frente tenga valor, relevancia y, por lo tanto, lo apreciemos y sintamos la necesidad de conservarlo.

El disfrute del patrimonio es una de las actividades que deben proveer quienes trabajan en su conservación, provenga de un sitio arqueológico, de la selva o de la mano de un artista.

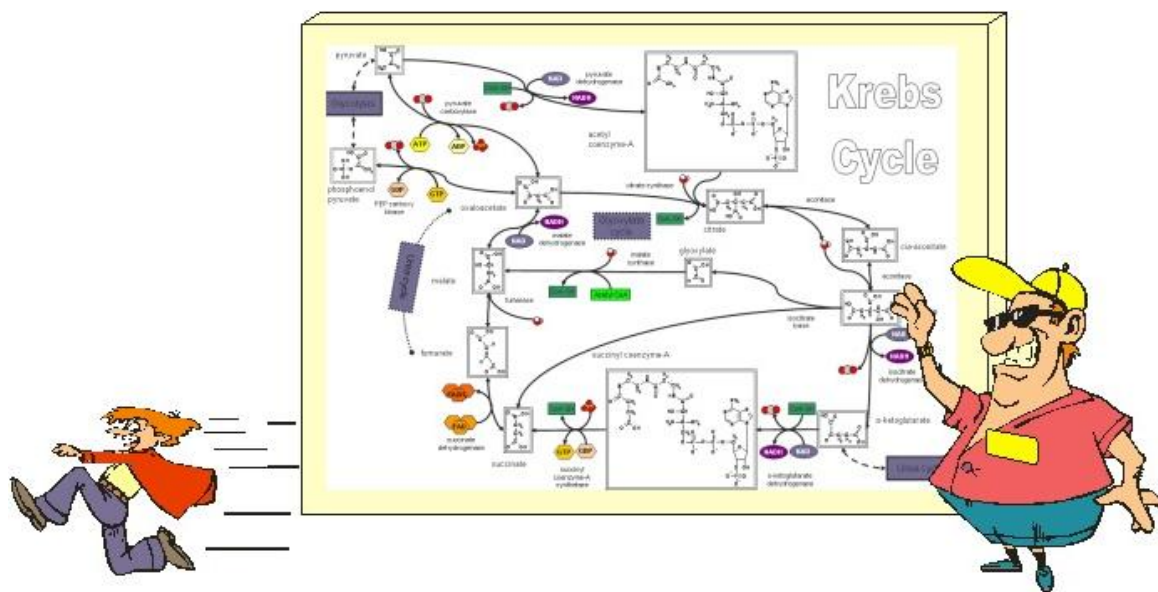
Cuando se trata de expresiones artísticas no todos nos ponemos de acuerdo en cuanto a su comunicación. Y aquí tenemos otro ejemplo.

**Arte para todos o para unos pocos. La eterna controversia sobre si el arte hay que interpretarlo**

Y aquí casi no hay término medio. Pasamos de aquellos que postulan que cada persona debe poder hacer su propia interpretación de lo que está observando, a quienes consideran que la obra debe

interpretarse para el público. Posiblemente ninguno de los dos extremos sea la fórmula perfecta; mientras tanto, tenemos una persona común frente a un cuadro de Kandinsky, y lo que observa puede despertarle muchas cosas o absolutamente nada. Quizás esté bien dejar que ese visitante no se lleve nada, pero es que es tan maravillosa la obra de Kandinsky, que, ¿no es una pena que por la obstinación de no explicar absolutamente nada no podamos despertar algo en quienes la observan? Puede que haya un término medio. De acuerdo, no interpretemos la obra, interpretemos el contexto. Proveamos al visitante de las herramientas necesarias para que comprenda que una obra hecha en 1930, probablemente no sería la misma si el autor la hubiera hecho 100 años antes o 70 años después. Cada obra se ha generado en un tiempo y espacio específico, por razones o motivaciones particulares. Las historias de cada obra encierran significados que pueden acercar a la gente a su autor. Tal vez, saber que Kandinsky no siempre pintó, sino que antes estudió derecho y economía, o que otros artistas ni siquiera fueron a la escuela, puede llevar a pensar a las personas comunes que también ellas pueden ser generadoras de arte.

El patrimonio necesita ser conservado, incluso aquel que todavía no hemos descubierto. La comunicación debe incluir a todos. Una buena estrategia de comunicación del patrimonio es lo que puede marcar la diferencia entre la puesta en valor de una pieza, con las condiciones óptimas de preservación, o que esta junte polvo sobre la repisa de una casa.



Transmitir información tal como la generan los especialistas es fácil. El desafío es hacerla entendible.